

Etty Hillesum y el libro de la vida ofrecido «a quienes no son capaces de leer directamente»



Adolescente, frágil, insegura y enferma es Etty Hillesum en las primeras páginas de su Diario, una personalidad que se busca y no se encuentra, obligada a hacer un balance de su realidad existencial y de la realidad histórica que, como un peligro inminente, la arrolla y amenaza con fagocitarla. Esta criatura delicada, que seguirá siéndolo hasta el final de su vida, se convierte en una mujer completa que afronta los momentos oscuros de la sordidez humana nazi. ¿Cómo podía cambiar? ¿Cuál es su itinerario de mujer? ¿Existen en el Diario pistas que permiten percibir este camino, al mismo tiempo iniciático y florido? A mi parecer, sí, existen.

Etty Hillesum Su encuentro con el quiropráctico Julius Spier da un vuelco a la comprensión del Yo de la joven, y le indica una senda transitable que, si se considera con atención, ya estaba sedimentaba en su espíritu, pero no encontraba una salida expresiva: la escritura. Ejercicio y don, completamente femenino, que manifiesta diversos aspectos: catártico, creativo, reflexivo, y de repliegue en la conciencia. Pero siempre y de todos modos, abierta y en crecimiento dialogístico, favoreciendo también el diálogo con el Otro, a quien Etty denomina Dios: no en clave confesional, que le era totalmente extraña, y tampoco en clave ética, sino más bien en clave puramente humana que toca el fondo común a todos los seres entrados en la existencia histórica.

Un paso catártico es iluminante: «¡Adelante, entonces! Es un momento penoso, casi insuperable. Debo confiar mi espíritu reprimido a una estúpida hoja de papel con renglones. A veces los pensamientos son tan claros y límpidos en mi cabeza, los sentimientos tan profundos, y, sin embargo, no puedo ponerlos por escrito. Debe ser sobre todo la vergüenza. Me siento muy torpe, no tengo la valentía de mostrar las cosas dejando que fluyan libremente fuera de mí. Pero será necesario hacerlo, si quiero orientar mi vida hacia un fin razonable y satisfactorio» (Diario 1941-1942, edición integral al cuidado de Klaas A.D. Smelik, Adelphi 2012, p. 31).

Bloqueo inhibitorio, situado en lo más profundo, que precisamente el papel verguetado de su escritura sabrá deshacer: «Desde un punto de vista intelectual estoy tan alienada, que soy capaz de valorar y expresar cada cosa con fórmulas claras. Cuando se trata de los problemas de la vida, a menudo puedo parecer una persona superior; sin embargo, en lo más hondo de mí, me siento prisionera de una maraña, y no obstante toda mi lucidez de pensamiento, a veces no soy otra cosa que una pobre mujer llena de miedos» (p. 4).

Las páginas que siguen no están escritas bajo la inspiración de un impulso creativo fulgurante, sino que son un destilado de introspección cada vez más fatigosa, confiado a las palabras y al papel. «Debo preocuparme por tenerme en contacto con este cuaderno, es decir, conmigo misma; de lo contrario, podría irme mal, podría perderme en cada momento, también ahora que me siento algo rara, pero quizá solo sea cansancio» (p. 82).

El cuaderno se convierte en una sola cosa con ella que se desarrolla en la historia, y le permite pasar de un estadio al otro de su vida, más maduro, más consciente: construcción y a la vez calado. Se nota que desde el fondo sube a la superficie cuanto bulle e intenta aflorar. «Todavía no logro escribir. Quiero escribir sobre la realidad que se esconde detrás de mí, pero esto aún está fuera de mi alcance. La única cosa que me interesa verdaderamente es la atmósfera, podría decir “alma”, pero la sustancia sigue escapándoseme (...) si alude directamente a la así llamada alma, entonces cada cosa llega a ser demasiado vaga, demasiado informe» (pp. 127-128).

La trama es profunda, ineludible: historia que se manifiesta en los acontecimientos, en las cosas, y espíritu que pulsa en busca de todo lo que sostiene, el alma entendida como vibración que ramifica todo y a todo da significado. Ety parece estar muy cerca de sus antepasados judíos cuando en la piedra dejaban el signo de un acontecimiento y lo entregaban a la gran cadena de las generaciones. La joven es una escultura de palabras y una escultura de sí misma, experta en el arte de desbastar, rica en sentidos que poco a poco, desmantelándose, ponen en primer plano la obra de arte. «Sin duda alguna debo comenzar lentamente a modelar pequeñas figuras en el gran bloque de granito tosco que llevo dentro de mí. De lo contrario, con el pasar del tiempo, me aplastará. Si no busco y descubro mi forma congenial, acabaré por vagar en la oscuridad y en el caos, es un riesgo que ahora advierto con fuerza» (p. 128).

Paradójicamente quitar, desbastar con un cincel rudo, incidir una herida en la piedra, da vida y conduce a la luz de ese libro de la vida que quiere ofrecer «a quienes no son capaces de leer directamente». Es consciente de saber leer, don que le concedió Dios, pero todavía duda sobre el otro don: «¿Me concederías también el don de escribir?» (p. 790).



<http://www.issavejceeromano.va>